

Comedia Nacional del Uruguay

Durante los meses de abril y mayo actuó en el Cervantes, bajo la dirección de Margarita Xirgu y Orestes Caviglia, el organismo del epígrafe, dependiente de la Comisión de Teatros Municipales de Montevideo.

Demasiado incienso quemó la crítica local, entonando loas exageradas a su labor. Estas razones de hermandad mal entendida resultan perjudiciales por lo desorientadoras.

El nombre de Florencio Sánchez no podía estar ausente del repertorio de la Comedia Uruguaya, y ello nos parece justo, pues a más de constituir la piedra angular del teatro rioplatense es, junto con Laferrère, el único digno de mención en medio siglo de vida escénica nacional. Suponemos que tal consideración será también valedera para la otra orilla.

Lo lamentable es que con *Barranca Abajo*, la pieza escogida como presentación, Orestes Caviglia diera el primer traspies de la temporada. Pesadez fué la nota característica de una dirección que conceptuamos francamente desacertada.

Con *Tartufo*, de Molière, bien traducido por Carlos Princivalle, comenzaron a subir las acciones de la Comedia. Dirigió con sumo acierto la señora Xirgu y se nos revelaron dos grandes actores: Alberto Candéau (*Orgón*) y Enrique Guarnero (*Tartufo*).

Pero donde nuestros visitantes habrían de

justificar los epítetos más elogiosos era en *La Celestina*, magníficamente adaptada por el escritor chileno Juan Morales. Margarita Xirgu mostró en escena toda la riqueza de su talento interpretativo, entroncado con la vieja escuela española, y como concertadora del memorable espectáculo aquilató asimismo eximios merecimientos.

Vino luego la deliciosa comedia de Thornton Wilder, *Nuestro Pueblo*, dirigida por Caviglia. Las comparaciones siempre resultan odiosas, pero con ser ésta muy digna, recordamos toda la noche aquella otra versión que, en el Instituto de Arte Moderno, ofreciera hace años Julio Vier. ¿Será que el Cervantes es demasiado monumental para algo tan íntimo como la obra de Wilder? Algo de eso hay, pero el principal responsable de tal añoranza fué el propio Caviglia, quien como relator no pudo haber estado más soporífero. Fué la suya una voz monocorde, sin matices.

Injusto sería, no obstante, si dejásemos de señalar a su favor la honda sugestión de misterio obtenida junto a las tumbas, merced a esa fila de gentes ocultas bajo negros paraguas.

Razones de fuerza mayor nos privaron de ver *Oficio de tinieblas*, del autor uruguayo Antonio Larreta.

En la última semana de actuación subió a

escena la comedia en tres actos de Carlo Goldoni, *El abanico*, elección totalmente equivocada, ya que en el repertorio del proficuo autor veneciano las hay muchísimo más valiosas. Los continuos apartes de sus personajes terminan por cansar; su gracia es forzada y el hilo argumental de alarmante debilidad. Una enorme distancia la separa de esas joyas del teatro cómico que son *La vedova scaltra* y *La locandiera*.

Con el mismo brillo de las anteriores fun-

ciones del repertorio clásico dirigió Margarita Xirgu. Del numeroso reparto mencionaremos la desbordante simpatía de Estela Medina y el señorío de Enrique Guarnero, virtudes habituales en ambos actores. Mario Vannarelli trazó un chispeante y colorido vestuario.

Sería de desear que, acuciado por el ejemplo uruguayo, el gobierno de la revolución libertadora encarase seriamente la formación de nuestra Comedia Nacional.

Carlos Bègue

“El viaje del señor Perrichon”

En el N° 457 de ESTUDIOS hicimos un elogioso comentario sobre la actuación del *Tablado de Nuestra Señora*. A tres años de aquella nota volvemos hoy a ocuparnos del conjunto que dirige Adolfo Sauze. Ha cambiado su primitiva denominación por la de *Teatro de Ensayo de la Ciudad de Buenos Aires*, pero felizmente subsiste incólume ese magnífico espíritu de equipo, factor esencial en el éxito de su labor.

Esta nueva presentación tuvo lugar en el salón de la calle Montevideo 850, donde los días sábados y domingos en funciones nocturna y vespertina, respectivamente, ofrece el regocijante vaudeville de Eugène Labiche (1815-1883), *El viaje del Sr. Perrichon*.

Herederio de la jocundez de Molière, Labiche escribió solo, o en colaboración con Mare-Michel, Augier, Nyon y Martin entre otros muchos, un centenar de farsas a cual más desopilante y mejor construida. “Un sombrero de paja de Italia”, “La cagnotte”, “La cigarra en casa de las hormigas”, “Mr. de Coislin ou l’homme infiniment joli”, son algunos exponentes de su inagotable humor.

Cuantiosos imitadores, abusando del remanido triángulo, trataron de continuar su huella, pero lo único que lograron fué desvirtuar el género.

El viaje del Sr. Perrichon, compuesto en colaboración con E. Martin, exige comediantes ágiles, empapados de la alegría que destila la pluma de sus autores.

Los miembros del Teatro de Ensayo poseen en grado sumo dicha cualidad, por lo que la representación alcanzó brillantes contornos. No damos sus nombres, pues este conjunto actúa en el más riguroso anonimato.

Una prolija y estudiada dirección no fué ajena al éxito arriba apuntado.

Permanecerá imborrable en nuestro recuerdo —como una de las escenas mejor logradas— aquella en que Perrichon relata cómo salvó a Daniel de caer en un abismo.

Recomendamos vivamente a los amables lectores tan divertido espectáculo y confiamos en que el Teatro de Ensayo ocupe en forma estable el salón de la calle Montevideo.

Carlos Bègue

BRILLANTE VERSION DE UN DRAMA DE IBSEN

El *Teatro del Cisne*, nuevo conjunto formado por Rubén Pesce, tras su alejamiento del Teatro de los Independientes, hizo su presentación, en una sala de la calle Santiago del Estero al mil doscientos, con *Cuando despertemos entre los muertos*, de Enrique Ibsen. El público, no acostumbrado aún a trasladarse a sitios como éste, distantes del radio en que habitualmente se cumplen las actividades escénicas, fué poco numeroso en relación a la auténtica calidad con que se desarrollaron las funciones. Pero tales inconvenientes suelen ser superados por quienes saben mantener en alto su espíritu de lucha, puesto al servicio de una noble causa artística. Por algo, en la portada del programa, se menciona lo siguiente: "Decimos, con palabras de Gastón Baty, que nuestro teatro no es un negocio, sino una obra; que no tiene capital, pero sí tiene una fe; que no tiene nido, mas no se deja enjaular; que no se sirve del arte, sino que lo sirve". En tales conceptos se halla la clave para comprender eso que, de no ser así, podría parecer incomprensible: un esfuerzo ciclópeo desperdigado por obra de mil circunstancias adversas. Sin embargo, la crítica y la opinión más general y más amplia del público no deben dejarse influenciar por tales aureolas que asisten a los que luchan, sin mayores medios, contra lo desfavorable. Aunque resulte difícil o aunque parezca hasta inhumano, se debe despojar a los quijotes de su investidura, para tomar en cuenta, con imparcial objetividad, sus aciertos o sus desaciertos. El balance, en este caso, por mayor celo que se ponga en el análisis, no puede sino favorecer a los elementos del Teatro del Cisne. Su espectáculo es digno de ser parangonado con las manifestaciones dramáticas de más auténtica jerarquía, propias de compañías argentinas y extranjeras. En otro local, con otro clima, con otro público, nada hubiesen tenido que envidiar sus representaciones a las de las compañías

francesas o italianas que periódicamente nos visitan. A esta humilde cenicienta de los tablados, sólo le faltó el toque mágico que la pusiese a la altura de aquellas, mundialmente famosas, ya que de sí traía, como la heroína del viejo cuento infantil, la perfección de líneas y la belleza espiritual, tantas veces buscada y tan pocas hallada.

No entraremos a considerar la obra de Enrique Ibsen. Como todas las del gran escritor noruego, ofrece sensibles blancos para reparos de importancia, tanto desde el punto de vista estético y teatral, como desde el ético, quizá —en un teatro de ideas— igualmente importante. La tesis expuesta, el drama del artista en busca de un camino que le sirva para encauzar su vocación, es magnífica; pero Ibsen, como en el caso de Nora, la protagonista de *Casa de muñecas*, no convence a nadie con su equívoca y perniciosa filosofía.

En cambio, sí nos ocupamos de la interpretación. Gisel Sarés, Adolfo Antista y Marita Battaglia, en los tres papeles de mayor compromiso, demostraron notable adecuación temperamental. Compenetrados de las exigencias de su parte hasta el más insignificante detalle, le dieron ese justo grado de perfectibilidad tan difícil de alcanzar. Lo mismo sea dicho de José Chal, Hugo Llanos y Celia Tellez que completaron el homogéneo reparto. Rubén Pesce, como director, demostró nuevamente de cuánto es capaz y en qué medida la influencia de un supervisor dotado se puede hacer sentir sobre las excelencias del conjunto. Vistosa la escenografía de Susana Gómez Martín y Víctor Ciuró.

El repertorio del Teatro del Cisne para el corriente año, a desarrollarse diariamente en Santiago del Estero 1243, comprende, además de *Cuando despertemos entre los muertos*, de Ibsen, *La pequeña felicidad*, de Sauvignon; *Tango*, de Rodolfo Kusch y *El cántaro roto*, de Heinrich von Kleist.

Jorge Oscar Pickenhayn